



Los ríos del Duero como elemento integrante del patrimonio cultural

Los ríos han sido y son también conformadores del carácter y la personalidad de cuantos viviendo a su vera nos servimos de ellos. Por eso merece la pena que nos empeñemos en su defensa y conservación.

Los ríos son elementos determinantes de la naturaleza y el paisaje. A su vera se han situado normalmente los asentamientos humanos, por lo que en su entorno se congregan las grandes muestras del patrimonio histórico-artístico. Además de subvenir a las necesidades del hombre, los ríos y sus bellezas naturales han suscitado continua admiración, convirtiéndose en fuente de inspiración artística en todos los campos. La literatura y, de modo especial, la poesía corroboran por doquier esta afirmación. En el ámbito hispano-portugués, el río Duero y sus afluentes han sido referencias de primer orden para literatos y poetas, acaso con mayor fortuna que los otros ríos peninsulares. Ahora, con ocasión del "Primer Congreso Ibérico de Restauración de Ríos", que se celebra en León, pretendemos reflejar esta realidad mediante el artificio de un imaginario recorrido literario por su curso.

Pocas ciudades hay en España tan unidas a su río como lo están Soria y el Duero. El poeta Antonio Machado supo captar la melancólica belleza del paisaje soriano, con el río Duero, que intenta abrazar a Soria cual si fuera "la corva ballesta de un guerrero". Y Gerardo Diego nos dejó su visión de este mismo abrazo en el conocido Romance del Duero: "Río Duero, río Duero,/ nadie a acompañarte baja,/ nadie se detiene a oír/ tu eterna estrofa de agua".

El curso de los ríos Arlanzón y Arlanza está indisolublemente unido a la historia del antiguo condado y del primitivo reino de Castilla. Así, la de Burgos, ligada al Arlanzón, es la tierra del Cid, el esforzado héroe castellano, mientras que en los territorios del Arlanza suceden los acontecimientos que inspiraron los antiguos cantares de Los Infantes de Salas y de La Condesa Traidora, o el viejo poema de clerecía sobre el Conde Fernán González. En lo más alto de la montaña palentina, ya en el límite con Cantabria, tiene su origen el Pisuerga, en la cima que se asoma a tres vertientes fluviales, el pico "Tres Mares" que cantara en sus versos Gerardo Diego. Hacia la mitad de su curso, el Carrión presta su nombre a la ciudad de Carrión de los Condes, en cuyo entorno nacieron y vivieron los poetas medievales don Sem Tob, el Marqués de Santillana y Jorge Manrique, el autor de aquellos versos que comparan la existencia humana con el curso de los

ríos: "Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar en la mar,/ que es el morir".

A su paso por Valladolid, el Pisuerga nos recuerda a uno de sus vecinos más ilustres, Miguel de Cervantes, y a otros dos escritores nacidos en sus riberas: el poeta y dramaturgo José Zorrilla y el novelista de nuestros días Miguel Delibes, que en *El hereje* hace un retrato de Valladolid a mediados del siglo XVI.

De los ríos de León tenemos abundantes noticias literarias. El puente sobre el Órbigo en Hospital fue testigo, allá por el año 1434, de la curiosa gesta descrita por el notario real Pero Rodríguez de Lena en *El paso honroso de Suero de Quiñones*. Quevedo habla en tono satírico de los pequeños ríos leoneses y del frío pasado en la prisión de San Marcos en León, donde todo el año le pareció ser Enero. Y don Gaspar Melchor de Jovellanos, en su *Epístola a Batilo* (su amigo el poeta Meléndez Valdés) canta al dulce curso del Bernesga que fluye junto al convento de San Marcos donde residía y describe poéticamente el sistema fluvial que forman los ríos Bernesga, Torío, Órbigo y Esla como si lo estuviera contemplando a vista de pájaro.

Más numerosas son las referencias literarias que encontramos sobre el poderoso río Esla. Cerca de su comienzo, en la pequeña localidad de Vidanes, nació el famoso Padre Isla, autor del Fray Gerundio de Campazas, la novela escrita para ridiculizar los excesos de la predicación sagrada de su tiempo. Aguas debajo de su curso, al pasar el Esla por Mansilla de las Mulas, configura el sereno y apacible paisaje ribereño en el que Jorge de Montemayor situó el escenario donde viven, penan y aman los protagonistas de su novela pastoril *La Diana*.

A medio camino entre Valladolid y Tordesillas se une al padre Duero por su margen izquierda el Adaja, que lleva consigo las aguas del segoviano río Eresma. En el plano literario es preciso destacar que en Ávila nace Teresa de Jesús y allí pasa la mayor parte de su existencia terrena. El agua, considerada como fuente de vida, será una realidad de primer orden para la creación de sus imágenes literarias, como aquella magistral alegoría del huerto (el

Antonio Garrosa Resina. Durante la ponencia y recital de poesía.



alma del cristiano que desea progresar en el camino de la oración, con sus etapas sucesivas) y las cuatro maneras en que puede llegarle el agua para su riego: sacándola del pozo con la cuerda y el caldero, elevándola con la ayuda de una noria, tomándola del arroyo que discurre junto al huerto, o, en fin, "con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho" (Vida, 11, 7).

Con Salamanca y el Tormes se relaciona la novela picaresca española, pues en esta ciudad –y se puede decir que en su río– nació Lázaro, el protagonista-narrador de El Lazarillo de Tormes, según él mismo confiesa al comenzar su relato: "Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río ... y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí".

A la ciudad y a la Universidad de Salamanca estarán unidas para siempre la figura y la obra de Fray Luis de León, el sabio agustino que fue catedrático de Exégesis Bíblica y está considerado como uno de los verdaderos maestros de la literatura española. La finca de "La Flecha" que los agustinos tenían a las afueras de Salamanca, en la ribera del Tormes, es el rincón tranquilo y apacible que Fray Luis recrea en la Oda a la vida retirada y donde se celebra el largo coloquio en prosa de su tratado De los nombres de Cristo.

El último gran maestro de la Universidad de Salamanca fue don Miguel de Unamuno. Su incorporación en 1891 al claustro universitario y sus largos años como Rector, le marcaron para siempre hasta su muerte en la triste Nochevieja de 1936. Con verdad podemos decir que desde su llegada a Salamanca, sin merma del amor constante por su Bilbao natal, para Unamuno Castilla sería su tierra, Salamanca su ciudad y el Tormes su río.

Tras dejar a su derecha la capital vallisoletana y la localidad de Simancas (con el impresionante Archivo que guarda la historia europea de los siglos XVI y XVII), el Duero pasa por Tordesillas, dejando allí los recuerdos del histórico Tratado entre España y Portugal y del lento marchitarse de una reina, doña Juana de Castilla. Después continúa su camino hacia la frontera portuguesa y ya en Zamora forma parte del hechizo que esta vieja ciudad ejerce sobre el visitante, como expresan los bellos versos de Blas de Otero: "Por los puentes de Zamora,/ sola y lenta, iba mi alma./ No por el puente de hierro,/ el de piedra es el que amaba".

A partir de Zamora el Duero llegará pronto a la frontera de Portugal, cuya raya determina a lo largo de un centenar de kilómetros. Siempre se ha dicho que nuestros ríos de la vertiente atlántica, sobre todo el Duero y el Tajo, hermanan a los dos países por donde discurren sus



aguas. Con fina ironía refleja esta realidad el portugués José Saramago, cuando, en el mismo lugar donde el curso del Duero se convierte en frontera entre Portugal y España, en Miranda do Douro, comienza el relato literario de su Viagem a Portugal. No es ninguna casualidad que este viaje lo inicie sobre el río –que allí es portugués y español a un tiempo–, recordando la hermandad natural que ha de superar diferencias entre los dos pueblos.

Después de atravesar el país vecino, el Duero rinde su viaje en el Atlántico, dentro de ese mar que acoge por igual a todos los ríos que discurren hacia su inmensidad, y concluye su curso en Oporto, el puerto surgido junto a la primitiva aldea de pescadores que se llamó Cale, de donde deriva –Porto Cale, Portucale– el propio nombre de Portugal. Así hemos llegado al final de nuestro viaje. En sus varias etapas hemos visto cómo los ríos del Duero, además del servicio principal prestado al hombre, han sido también valiosos referentes culturales y espirituales. Y pues hemos dejado constancia de cómo los poetas cantan a nuestros ríos, podríamos recapitular ahora nuestro viaje haciéndonos acompañar una vez más por los versos del poema de Unamuno Durium-Duero-Douro, título expresivo de la esencia de este río, que nace latino y español en Soria, para acabar portugués y latino en la mar oceánica de Oporto.

Nuestro camino se ha terminado. Siguiendo el curso de los ríos nos hemos trasladado desde Soria hasta Oporto, y desde las cumbres de Palencia, León o Ávila hasta el propio curso del Duero, siempre de la mano de escritores y poetas, con paso lento y tranquilo, como suele serlo el de los ríos. Ellos han determinado nuestra historia y una buena parte de nuestro patrimonio artístico y cultural. Y por encima de cualquier otra consideración, los ríos han sido y son también conformadores del carácter y la personalidad de cuantos viviendo a su vera nos servimos de ellos. Por eso merece la pena que nos empeñemos en su defensa y conservación.

Antonio Garrosa Resina
Confederación Hidrográfica del Duero
León, 18 de Octubre de 2011.